

LA IMPRENTA EN SAN LUIS

URBANO J. NUÑEZ

(AÑO 1953)

INDICE

SAN LUIS EN 1848.....	2
LUCERO Y SU GOBIERNO FECUNDO	3
VAN SICE Y LA PRIMERA IMPRENTA.....	4
LOS IMPRESORES GROS Y HERRERA.....	6
CAJISTAS Y OTROS COLABORADORES.....	7
PIO QUINTO LUCERO	8
EL LOCAL DE LA IMPRENTA	8
LOS PRIMEROS IMPRENSOS.....	9
EL PRIMER PERIODICO	10
LA SEGUNDA IMPRENTA	11
LA IMPRENTA PORTATIL	11
EL GRABADO	12
LA BIBLIOGRAFIA PUNTANA.....	13
SINTESIS DEL PERIODISMO PUNTANO	15
SAEZ Y “LA ACTUALIDAD”	16
FUNES Y “EL CENTINELA PUNTANO”	16
MAMERTO GUTIERREZ Y “EL PORVENIR”	17
BORRAS Y “EL OASIS”	18
LAVIE Y “EL TELEGRAFO”	19
CARLES Y “EL LORO”	19
DE “LA INDEPENDENCIA” A “EL PUEBLO”	21
EL NUEVO PERIODISMO	22
EL ARIETE DE “EL ESTADO”	22
LA VOZ DE LOS MENSAJES	23
LAS IDEAS	24
LA POESIA PUNTANA.....	25
COLABORADORES DE LA PRENSA PUNTANA	26
LA REVISTA “LAFINUR”	27
PUNTANOS PERIODISTAS EN OTRAS PROVINCIAS	27
EL ETERNO MENSAJE DE LA JUVENTUD	28

Debemos agradecer, y lo hacemos con íntima satisfacción, a varios amigos, a varios puntanos que, una vez más, han dado testimonio de su proverbial generosidad: a Enrique Ojeda (h), a Víctor Saá, a Pascual M. Racca, al doctor Juan Saá y, muy particularmente, a don Nicolás Jofré (h), quien puso a nuestra disposición el tesoro bibliográfico que, para galardón de nuestra cultura y gloria de esta ciudad, ha sabido reunir su querido y dignísimo padre.

No podríamos olvidarnos, tampoco, del noble maestro impresor don José Fontana, camarada de tantos sueños, quien nos ha guiado por los meandros de su arte maravilloso.

Queden, pues, escritos sus nombres en la página liminar de esta magra "Historia de la imprenta en San Luis", como quedan grabados en nuestro corazón.

SAN LUIS EN 1848

La paz de las tumbas... Paz de puñal y punta de lanza. Paz de conciencias aherrojadas. Paz de bocas emudecidas por el terror.

Así pintan muchos, a brochazos y con cargadas tintas, la época a la cual debemos asomarnos para anotar la llegada de la imprenta a San Luis.

La paz de las tumbas... Y sangre, siempre sangre, en las manos y en las ropas, en las paredes y en las proclamas.

Sin embargo, nada está más lejos de la realidad, en lo que se refiere a las tierras puntanas.

San Luis vive una existencia humilde pero digna, cara a cara con el sobresalto de la indiada que acecha, cara a cara con la traición que cava en las sombras.

Dejemos de lado las acuarelas de tanto dandy de las letras que, aún en esta ciudad de la Punta, despreció por verdes las uvas de nuestra historia, para regalarse con la multicolor gragea de la historieta. Dejemos de lado, también, las páginas declamatorias de tanto ingenuo liberal, enamorado del ídolo del progreso, para buscar en los documentos mal aprovechados de nuestro Archivo Histórico, el alma de aquella época, de aquel San Luis de 1848.

Gobierna por entonces don Pablo Lucero, "un simple agente de la tiranía", según asienta alguien.

Ni tan simple ni tan agente, diríamos nosotros. Sus esfuerzos, su constancia, su amor al terruño, han salvado la vida de esta provincia.

Algún día, Dios nos permitirá detallar, uno a uno, todos los eslabones de paciencia y sacrificio que forman la cadena de su vida. Por ahora sólo repetimos este concepto de Gez, altamente significativo: "En torno a su nombre se ha hecho en San Luis la conspiración del silencio y del olvido, pues sólo uno que otro viejo lo recuerda, a través de las personales impresiones".

Y agrega Gez estas palabras, donde brilla una firme invitación revisionista: "Es tiempo ya de despojarnos de los prejuicios de una época que se aleja, para inquirir la verdad relativa, lo único que puede interesar a las futuras generaciones".

En 1848, Lucero gobierna a puro corazón, ya que no todo han de ser luces en esta vida. La Justicia está organizada, el orden empieza a dar sus frutos. Y aunque no falta escritor que asegura que, por aquellos tiempos se jugaba a las bochas con las cabezas de los unitarios, los viejos papeles de nuestro Archivo nos muestran a don Pablo socorriendo a los pobres, condonando multas, reduciendo impuestos. Y más aún: los documentos nos dicen que, en lugar de aquellas orgías de sangre, tan gratas a la imaginación de los turistas de la historia, los hombres de San Luis prefieren, para hacer más amable el trabajo de compulsar libros y contestar correspondencia, unos simples mates o unos dulzones sorbetes. Y, por cierto que esta conjunción de mazorqueros y sorbetes no es para escribir en Tablas de Sangre...

San Luis sigue siendo la buena vecina. Atenta siempre al merodear de los indios, trabaja unida a Córdoba y Mendoza, para alejar ese constante peligro.

Precisamente, en octubre de 1847, Lucero y Mallea se entrevistaron en el Desaguadero, para combinar un plan de defensa contra el salvaje. Y aunque allá por San Rafael algún comandante se revela contra el gobernador de Mendoza, Lucero no cambia su modo de ser, tan inclinado a la paz, porque, como se lo dice a Mallea, está “interesado en el bien, seguridad, tranquilidad y prosperidad y buena armonía de todos los federales de la provincia de su mando”.

Esta actitud pacífica de Lucero no ha de librarlo de las intrigas de los mismos hombres que ha levantado de la nada. Ellos son los que, tildándolo de federal tibio, promueven un motín, el 30 de junio de 1848, para despojarlo del gobierno. Pero las fuerzas leales, al quinto día, libertan a Lucero de su prisión y restablecen el orden, entre vivas al general Rosas y al gobernador puntano.

LUCERO Y SU GOBIERNO FECUNDO

Erróneo sería suponer que es bajo un clima de violencia donde nace en esta ciudad la idea de la imprenta. Dificulta la comprensión de este triunfo de la cultura la caricatura que de Lucero nos han dejado ciertos escritores. Ramón J Cárcano, por ejemplo, asienta en uno de sus libros más leídos, esta afirmación llena de contra sentidos: “El brigadier general Pablo Lucero, antiguo comandante de campaña, infatigable luchador contra los indios, combatiente contra Lavalle, gobernador impuesto por Oribe, perseguidor tenaz de unitarios, paisano holgazán, compositor de caballos de carrera”.

Y este sambenito que el eminente escritor cordobés le colgara a uno de los puntanos más valientes y acaso el que más luchó por la conservación de este suelo, este sambenito es lo único que ha visto una legión de repetidores, desde Capdevila hasta Sosa Loyola.

Pues bien, señores y señores: ese “paisano holgazán” hizo la campaña de Chile con San Martín, de quien aprendió, seguramente, esa rectitud y esa nobleza que palpitan en cada una de sus acciones; ese paisano holgazán defendió palmo a palmo esta tierra, contra las depredaciones de los indios del sur; ese “compositor de caballos de carrera” galopó con Facundo, con Aldao,

con Ruiz Huidobro, luchando por la religión, la patria y el orden; ese oscuro paisano fundó fuertes, reconstruyó poblaciones, edificó capillas y fomentó la industria y las artesanías.

Es verdad que más de una vez rompió su sable sobándole el lomo a desertores y a gauchos ladrones. Es verdad que le bajó el copete a más de un guapo haciéndolo zanjear en las nacientes poblaciones o buscándole las cosquillas a chicotazos.

Pero también es verdad que ninguno de esos recios puntanos tenía nada que ver con el mensajero de la Anunciación ni se parecían mucho a los angelitos que, en gráciles escorzos, emergen de las nubes, a los pies de la Pura y Limpia Concepción.

Cuando la imprenta llega a San Luis, el gobernador Lucero (al que nadie, por suerte, ha llamado progresista), puede mostrar las apretadas gavillas de su cosecha. Tiene una Academia Militar en la que figuran más de treinta oficiales selectos y soldados distinguidos de San Francisco. Ha construido un nuevo cuartel y organizado un hospital. Sostiene un aula de latinidad y una escuela de primeras letras. Se preocupa por las artesanías, formando aprendices de diversos oficios. Instala una fragua de la que salen armas de paz y de trabajo. Mantiene vivo el patriotismo, conmemorando todos los aniversarios, no sólo de las victorias federales sino también de los fastos de la Patria Grande, siendo el primero que en esta tierra venera el recuerdo de San Martín y alecciona con su ejemplo.

Viste a cautivos, socorre a inválidos, alivia a los necesitados. Inclinado a la música, pone un maestro de clarines y hace traer de Buenos Aires dos violines, para que don Luis Ojeda pueda enseñar a unos jóvenes, que prefiere puntanos, para que no se le vayan después de haber aprendido.

Esta simple enumeración, si bien no da una cabal idea del duro bregar de Lucero, acaso sirva para demostrar cómo se equivocan los que suponen que el gobernador de San Luis fue nada más que una triste sombra de Rosas.

Es que la historia, señoras y señores, no es sólo cuestión de cuello duro y dandysmo literario. Hay que haber sabido, alguna vez, de hambre, de soledad, de frío, de injusticia, para comprender al pueblo y para ser capaz de trabajar por su grandeza.

VAN SICE Y LA PRIMERA IMPRENTA

Todos los conductores han tenido siempre necesidad del hombre capaz de volcar en el papel sus órdenes, sus proyectos, sus sentimientos.

Don Pablo Lucero alternó, durante muchos años, la espada con la pluma, mientras guardaba la frontera. Elevado a gobernador, se preocupó por disponer de buenos escribientes, siendo de ellos Faustino Figueroa, Olegario Malbrán y Feliciano Lucero. También actuó a su lado Wenceslao Ferreyra, quien más tarde fue preceptor en Larca. Pero no bastaban estos plumarios a realizar tan fatigosa tarea, pues la actividad de campaña requería disponer de amanuenses en San Ignacio en Renca y en el Morro, lugares que don Pablo recorría con frecuencia y, según su decir, “de un galopito”.

Esta necesidad de escribientes pudo ser, acaso, la que originó el proyecto de la imprenta. Conviene recordar, también, que por aquellos tiempos recibía Lucero muchos impresos, procedentes de otras provincias.

Afirma Gez que la introducción de la imprenta “se debe al espíritu emprendedor y culto del norteamericano José Van Sice”. Ningún documento hemos hallado que demuestre que, efectivamente, la idea haya sido de Van Sice. Conociendo, como conocemos, la actuación de Lucero, nos inclinamos a suponer que el propósito de adquirir la prensa y crear la Imprenta del Estado fue obra suya, sin negar, por cierto, la participación del comerciante norteamericano. Hasta presumimos que el mismo Van Sice trajo consigo la prensa y los demás elementos, pues los tipos son de origen inglés o norteamericano.

José Casimiro Van Sice hallábase establecido en el Morro, a dos cuadras al Este de la Plaza, con un importante negocio de tienda, botica y almacén. Casado con doña Marquesa Domínguez, fue padre de Adelina, Cleomedes y José Franklin. Adelina casó con Celestino Jofré, y Cleomedes con Francisco Barboza.

De la actuación de Van Sice, no es mucho lo que hemos podido averiguar. Los documentos del Archivo nos lo muestran ocupados en sus negocios, tanto en el Morro como en Mendoza.

En 1853 fue designado síndico de la escuela del Morro y en 1854, junto con Salvador Tissera, Abelardo Carranza, Francisco Bázquez, Faustino Berrondo, Mauricio Daract y Fr. Luis Joaquín Tula, preparó el Plan de Estudios y Régimen para la Escuela de la Capital.

Durante varios años presidió la Comisión de Instrucción Pública del Morro y debe haber muerto en esta villa a mediados de 1859.

Entre sus bienes, llaman la atención 65 libros y folletos en diversos idiomas, un diccionario de la lengua española, cuatro tomos del “Gil Blas” y un libro de imprenta. Esa obra parecería indicar, si no una profesión, por lo menos una inclinación hacia las artes gráficas.

Lo cierto es que Van Sice vendió al gobierno, en 1848 la prensa y los demás útiles que figuran en el inventario publicado por Gez, quien expresa que fueron adquiridos en Buenos Aires.

El cronista puntano no encontró el dato relacionado con su costo pero “merced a una prolija averiguación”, tasó la prensa en 300 pesos y el resto en 900 pesos.

Nosotros, más afortunados que Gez en este sentido, hemos hallado la orden de pagar a Van Sice 2.000 pesos, “valor de la imprenta vendida al Estado”.

Quiere decir que, ocho años antes de lo que señala Ricardo Rojas, la imprenta fue introducida en San Luis. Pequeña diferencia, pero de singular importancia, si se considera que son tantos los que, antes del 3 de febrero de 1852, colocan un abismo de sombras.

LOS IMPRESORES GROS Y HERRERA

Con insistencia debemos citar a Gez, único que hasta hoy ha escrito algo original con respecto a los orígenes del arte tipográfico en San Luis.

Dice el historiador puntano que Van Sice no sólo fundó la Imprenta del Estado, sino que la dirigió hasta formar operarios, siendo reemplazado por Antonio Lorenzo Gros en 1853.

Por los papeles del Archivo sabemos que Van Sice, en mayo de 1852 estaba en el Morro y en julio del mismo año en Mendoza, dedicado a sus actividades comerciales. Además, fuera del documento que comprueba la venta de la imprenta, nada hemos hallado que establezca una relación entre Van Sice y la dirección del establecimiento tipográfico.

En cambio, comprobamos que el 13 de octubre de 1848, aproximadamente dos meses antes de que Van Sice cobrara los 2000 pesos, empieza a trabajar en la imprenta Antonio Laurencio Gros.

¿Quién es este precursor, al que, sin duda, se deben los primeros impresos puntanos? Gez, que lo llama Lorenzo, en lugar de Laurencio, solo nos dice que se trata de “un mecánico que en 1853 reemplazó a Van Sice, comprometiéndose a enseñar dos jóvenes”.

Salvado el error de fecha, expondremos lo poco que hemos logrado saber con respecto al primer Impresor del Estado.

Desde 1849 hasta 1852, figura agregado al Estado Mayor, cobrando 10 pesos mensuales por su trabajo. En 1851 hay constancias de que se le daba también una ración diaria de 8 libras de carne.

Aunque Gros no debe haber nacido en San Luis, su deseo de afincarse aparece manifiesto en 1852, al solicitar con Juan Gualberto Giménez, unas tierras en el Balde de los Desterrados. Fue dueño también de un potrero situado seis cuadras al Norte de la plaza principal, el cual vendió en 1854 a Maximino Alcaraz. Después y hasta mayo de 1856, provee de carne a los destacamentos de la ciudad.

Desteñidas noticias, por cierto, que poca luz arrojan sobre la figura del iniciador del arte de Gutemberg en esta ciudad.

El segundo artesano que se destaca en la imprenta del Estado, es Wenceslao Herrera quien, desde fines de 1845, realiza trabajos de encuadernación. Al año siguiente figura como impresor, con 25 pesos mensuales de sueldo. Ocupa este empleo hasta 1861 y aún después de esta fecha, sigue encuadernando, cada vez que se lo necesita.

Aunque a veces aparece dedicado a proveedor de velas, para el alumbrado de los cuarteles, debió poseer relevantes condiciones, pues en 1863 se lo propuso para Juez de Paz del cuartel S. O. de la ciudad. En marzo del mismo año fue designado Promotor Fiscal, lo que no le impedía, por cierto, dedicarse al comercio de ganados.

Suponemos que en 1869 ya había fallecido, pues por entonces aparece en nuestros documentos Adela Sarmiento, viuda, madre de Wenceslao, de Maximiliano y de Víctor Manuel Herrera.

CAJISTAS Y OTROS COLABORADORES

Las necesidades de la Imprenta del Estado exigieron a veces, la colaboración de elementos extraños a la provincia, de los cuales muy pocos datos nos han quedado.

Así, en octubre de 1852, Enrique de Rausch ayudó a imprimir el Pronunciamiento de la Sala de Representantes. En diciembre de 1854, antes de que Herrera se hiciera cargo del taller, actuó en la imprenta Eugenio Carlos Leloutre.

La referencia que Gez hace, con respecto a la obligación de enseñar a dos jóvenes el arte tipográfico, fue puesta en práctica por Herrera.

No debía resultar, sin embargo, muy grata la tarea a los aprendices. Tanto que, en enero de 1855 y ante las continuas inasistencias de los dos jóvenes, el ministro general, don Buenaventura Sarmiento, encargó al jefe de policía les modificase la siguiente orden: "Que todos los días asistan a la imprenta y que, en el caso de impedírsele algún justo inconveniente, lo comuniquen inmediatamente a la Policía, con prevención de que, no haciéndolo así, serán detenidos, por primera vez, en la Casa Departamental de Gobierno, por el espacio de un día; por segunda vez, conducidos en reclusión al cuartel por quince días; y por tercera, expulsados de la imprenta".

Por esa época actuaban junto a Herrera, con el título de oficiales, los jóvenes Zenón y Pio Quinto Lucero. En marzo, Zenón fue reemplazado por Luis Lucero.

A partir de 1859 ocupa el cargo de impresor Pio Quinto Lucero, quien trabaja con un solo cajista, Andrés Velázquez. El año 1861 lleva al taller dos nuevos tipógrafos: Baltasar Peñeñori y Buenaventura Páez, con el modestísimo sueldo de seis pesos mensuales.

En abril, las cosas mejoran, pues se incorpora el cajista Bernardino Moreno y los sueldos son elevados a diez pesos, en tanto que Pio Quinto Lucero gana treinta pesos mensuales.

Durante 1863 y 1864 sólo trabajan Pio Quinto Lucero y Baltasar Peñeñori, aunque en este último año aparece un nuevo elemento: Pedro Hidalgo, amanuense de la imprenta.

Estos son, señoras y señores, los primeros impresores puntanos. Humildes e ignorados obreros cuyos nombres nos honramos en difundir, porque también ellos hicieron la patria, con el plomo inaugural de la letra de molde.

Otros nombres podríamos agregar. Pero nos limitaremos a rendir homenaje, fraternal y sencillo, a quien, acaso sea la primera cajista puntana: Bienvenida Godoy.

Y también a uno de los primeros canillitas de esta ciudad, a Bernardino Moreno, que fue pregonando por las calles el mensaje un poco iluso de "El Porvenir".

PIO QUINTO LUCERO

Queremos detenernos un instante, para evocar la figura del más puntano de los impresores, de aquel que se hizo hombre oyendo el gemir de las prensas: Pio Quinto Lucero.

Hijo de don Pedro Lucero y doña Justa Contreras, nació allá por 1840 y, ya a fines de 1854, conocía el encanto de la letra impresa, la cabal arquitectura de las formas, el sobresalto y la angustia de la errata.

Debió ser constante, humilde, puntano por los cuatros costados. Acaso su sentimiento estético se despertó ayudando al maestro escultor Hilario Ferreira, aquel que, además del púlpito, trabajara un crucifijo para la capilla de San José del Morro. Por los menos, más de una vez firmó por el anciano maestro.

En 1857, señal inequívoca de sus méritos, era portaestandarte de la Guardia Constitucional, creada por Daract. Y, sin apartarse de su imprenta, en 1862, lucía los galones de alférez 1º de Guardias Nacionales. Que así fue siempre la vida en esta ciudad de la Punta: recia milicia, firme bregar, rama de laurel en la frente, rama de olivo en el corazón.

Por las manos de Pio Quinto Lucero pasaron, durante más de treinta años, el dolor y la esperanza, los sueños y las alegrías de este pueblo hidalgo, eternamente leal y generoso.

Siempre se nos ilumina el alma cuando evocamos a los humildes que nunca tendrán estatua, que jamás darán su nombre a una callecita, ni siquiera a una "cortada".

De ahí que, en este día y desde esta honrosa tribuna, nos atrevamos a expresar un íntimo anhelo: que con el nombre de Pio Quinto Lucero, hijo de esta tierra de roca y azucena, y humilde obrero de la cultura, se designe a la sección Impresos Puntanos del Archivo Histórico de San Luis.

Porque, sin duda, algo de su alma debe haber quedado en la reciedumbre de esas líneas de caracteres egipcios y bodonianos que, con todo el amor de que somos capaces, estamos reuniendo en nuestro olvidado repositorio.

EL LOCAL DE LA IMPRENTA

El primitivo taller, según escribe Gez, fue instalado en una sola pieza de la casa que fue de don José Santos Ortiz, en la actual calle Ayacucho, y que luego perteneció al doctor de la Torre.

Sabemos de cierto que, en 1857, el gobierno cedió al Club de la Unión, la imprenta y el local que ella ocupaba, todo lo cual era de propiedad del Estado.

En este local se imprimió el primer periódico puntano y funcionó también la segunda imprenta, aunque que por pocos meses.

La cuna de nuestro periodismo fue, ciertamente, modestísima. Paredes de adobones y techo de paja presenciaron el milagro de la palabra que,

multiplicada y perdurable, brotaba en la ciudad del Chorrillero, como una estrella de anunciación.

Sobre el sayal del enladrillado, los chuces volcaron la policromía de sus galas, orgullo de los musicales telares puntanos.

Y el chisporroteo de las velas de sebo atrajo, más de una vez, la errata de alas ligeras que dejó, en la solemnidad de las parangonas, su polvillo burlón.

Maderas de caldén y de algarrobo, fraternales maderas de los montes del terruño, vieron abrirse, rectos y cabales, los cauces por donde las ideas discurrían buscando el mar ancho y amargo de la historia.

Y alguna vez también la flor del aire de los versos, puso un poco de cielo en el alma del cajista, para mentir amores.

LOS PRIMEROS IMPRENSOS

Los primeros impresos puntanos datan de fines del año 1848, aunque no podemos precisar la fecha con exactitud. Si bien Gros empezó a trabajar en la imprenta el 13 de octubre, es indudable que la instalación de la misma le debe haber insumido más de una semana. Ya el 25 de octubre el carpintero Sáez había entregado una mesa y varias tablas para mojar papel.

Es muy probable que la prensa comprada a Van Sice empezara a trabajar regularmente en noviembre, pues el 7 de diciembre don Pedro Herrera ordenaba a Ardiles, acantonado en el Morro, “fijar en los lugares públicos los dos avisos impresos” que le enviaba.

Con fecha 20 del mismo mes, el general Lucero remitió al gobernador Aldao “un ejemplar impreso de la sanción legislativa del 18”.

Esto nos hace presumir que, al Mensaje de 1849, considerado por Gez como una de las primeras producciones de nuestra imprenta, debieron precederlo no pocos impresos similares a los mencionados por Herrera y Lucero.

De los pequeños “Avisos” pasó pronto la imprenta a publicar hojas enteras, armoniosas y bien cuidadas, muy superiores a las salidas, por esa época, de las prensas de otras provincias.

Son numerosas las páginas ornamentadas que se guardan en nuestro Archivo Histórico y todas ellas dan testimonio de una dirección culta y atenta, como asimismo de una artesanía ingeniosa y eficiente.

La Imprenta del Estado, en marcha progresiva, dio pronto a la luz folletos de diversa índole, como diremos al ocuparnos de la Bibliografía puntana. Y por ese camino de superación, publicó en marzo de 1858 el primer periódico. “La Actualidad”, cuyas colecciones son rarísimas.

EL PRIMER PERIODICO

Desde mediados de 1852, el gobierno de la Confederación sembraba con insistencia sus nuevas ideas. Según la expresión del ministro de la Peña, el general Urquiza “deseaba vivamente que las provincias todas saliesen de la oscuridad y el abatimiento en que habían permanecido durante la ominosa dictadura de D. Juan Manuel de Rosas”.

A fines de 1853, el ministro Fraguero requirió, entre otras, noticias “sobre el estado de la Imprenta y si ella puede enajenarse para el servicio del Estado Nacional, pagando su valor o reconociendo un censo perpetuo en favor de la Provincia o del que fuese propietario”.

Un año después, los periódicos podían circular sin gravamen de correos, los que facilitó su difusión.

En San Luis, sin embargo, no brotaba la llama del periodismo. La razón no es tan simple como con tanta ingenuidad o desconocimiento de la historia de su tierra natal supone Galván Moreno, quien afirma que “se vivía muy quedamente, en la parquedad de una existencia semicolonial, semi primitiva, sin inquietudes del espíritu, sin serias oposiciones a la **familia gobernante**”.

Alguna vez, acaso podamos describir a los puntanos y a algún académico elucubrador, la desolada noche triste que el “progresista” Daract tuvo que vivir constitucionalmente. Amarga noche triste que lo llevó a renunciar una, dos y tres veces, al alto honor de gobernar con las manos atadas, mientras el hambre y el desencanto crecían en el pueblo desesperanzado.

A esa falta de recursos y no a ninguna de las perlas liberales engarzadas por Galván Moreno, debemos achacar el tardío nacimiento del periodismo puntano.

Por junio de 1857 se constituyó en esta ciudad un misterioso “Club de la Unión”, bajo la presidencia de don Luis Maldonado y en el que actuaban, entre otros destacados vecinos, Carlos Juan Rodríguez, Lucas Jerónimo Prieto, José Veloz Rúa, Domingo Pizarro y José María de la Torre.

El 15 de septiembre, la nueva entidad comunicó al gobierno estar dispuesta a contratar la Imprenta del Estado “para fundar una publicación periódica por cuenta y bajo la dirección del Club”. El contrato fue firmado a los pocos días, pero la publicación no se concretó, acaso porque la “unión” del Club no resultó muy efectiva.

Por esta circunstancia y habiendo llegado Sáez a San Luis, después de una fuga que ha estudiado detalladamente Gilberto Sosa Loyola, el gobierno pidió al Club, el 13 de marzo de 1858, “la ejecución o rescendimiento de la contrata”, decidiéndose el Club por esto último.

La imprenta pasó así a manos de Manuel Antonio Sáez, sobrino del gobernador Daract, y el último domingo de ese mes apareció “La Actualidad”.

Hasta junio salió dos veces por semana y, desde ese mes, los miércoles, viernes y domingos. Con su formato pequeño y muchas veces en papel de color, alcanzó hasta el número 60. La entrega siguiente, la del domingo 12 de septiembre, fue tirada con la nueva prensa, lo que permitió ampliar el formato, conservando siempre cuatro páginas.

Su vida, sin embargo, no fue muy larga, acaso porque Sáez había sembrado demasiados vientos. No obstante la resolución de Daract del 29 de diciembre de 1858, denuncia otro motivo, que nos complacemos en dar a conocer: “Visto lo expuesto por don Manuel A. Sáez...y no siendo posible al

Gobierno suscribirse a más números del periódico “La Actualidad” que los que hasta aquí está suscrito, rescíndase el contrato celebrado al efecto con fecha 29 de marzo de 1858”.

Así se apagó aquella primera y un poco humosa llama del periodismo puntano, que no fue, por cierto, como pretende Gez, “la hoja impresa que ha ejercido mayor influencia en la cultura local”.

LA SEGUNDA IMPRENTA

Cuando Sáez se hizo cargo del taller del Estado, sintió de inmediato la necesidad de disponer de los elementos que le permitieran realizar el periodismo de combate que él vino a inaugurar.

Dos días antes de la publicación del primer número de “La Actualidad”, Daract ordenó a Barbeito encargar a Buenos Aires los útiles de imprenta que detallaba en una lista adjunta y que no ha llegado hasta nosotros. Disponía también que se librasen cuatrocientos pesos, para que todo fuese remitido a la mayor brevedad.

Los veintitrés bultos que componían la nueva imprenta fueron cargados a fines de junio, en Buenos Aires, en la goleta “Isabel”, la que los transportó a Rosario. Allí se hizo cargo de ellos la tropa de carretas de Pedro José Arenas, conduciéndolos hasta San Luis, donde los entregó, el 1º de septiembre, el tropero Mariano Pallero.

Los nuevos materiales eran de origen francés y habían sido importados por el librero e impresor Lucien, establecido en Buenos Aires, el mismo que vendiera, en 1856, la imprenta de Catamarca.

El material enviado por Lucien, que incluía varias series de tipos fantasía, por cierto menos serios y agradables que los de Van Sice, costó a la provincia nada más que 1.500 pesos.

LA IMPRENTA PORTATIL

Un detalle casi ignorado de la historia de nuestra imprenta, lo constituye un interesante aspecto de la visita de campaña que, en los primeros días de diciembre de 1871, efectuó el gobernador Juan A. Ortiz Estrada.

En esa oportunidad, la pequeña imprenta que 23 años antes el general Lucero incorporara al patrimonio cultural de San Luis, la olvidada imprenta de Van Sice, recorrió, en el mismo carro que conducía los instrumentos de la banda, las principales villas de la provincia, publicando en ella las resoluciones del gobierno.

Estos impresos, hoy rarísimos, se encabezan con el título de BOLETÍN OFICIAL y no deben confundirse con el verdadero Boletín, que empezó a publicarse en mayo de 1865.

De la imprenta en campaña, nuestro Archivo Histórico custodia los cuatro primeros números, correspondiendo el 1 a Nogolí el 2 y el 3 a San Francisco y el 4 a Lujan.

EL GRABADO

Los impresos puntanos son pobres, en lo que a grabados se refiere. En los tiempos iniciales, el único recurso de que podían echar mano los cajistas para realizar sus trabajos, lo constituyó la serie de adornos que figura entre los elementos vendidos por Van Sice.

Pronto aparece en los impresos puntanos el escudo nacional que Rosas distribuyó a las provincias, un escudo de forma chata pero grabado con gracia.

Después de Caseros se empezó a usar el escudo nacional rodeado de trofeos, que es el que acompañaba al escudo provincial en el papel sellado y en los pasaportes y que luego, en 1859, encabezó nuestro "Registro Oficial" Su gran tamaño lo hacía poco práctico y es por ello, quizá, que el escudo de Rosas chato y rotundo, adorna la portada de varios folletos de 1855, 1860 y 1861.

La Constitución de la Provincia, publicada en octubre de 1855, lo luce en la tapa, aunque en la portada a sido reemplazado por los adornos de Justicia y Libertad, grupo que la señora María Estela Gez de Gómez considera "una curiosa viñeta alegórica".

En el N° 11 de "La Actualidad" apareció un anuncio de una compañía de acróbatas norteamericanos, que visitaban la ciudad en mayo de 1858.

Este aviso lleva un grabado que representa a los acróbatas en acción y suponemos que le pertenecía.

Durante muchos años, las únicas ilustraciones que rompen la monotonía de las páginas, corresponden a anuncios comerciales, desde el ave fénix de la Zarzaparrilla de Bristol, hasta la fontana del Agua Florida.

Sáez, en el N° 43 de "La Actualidad", anticipa una andanada contra sus enemigos de Mendoza, diciendo: "Publicamos hoy, en hoja suelta, una descripción física y moral de D. Leopoldo Zuloaga... El artista grabador a tomado la actitud más interesante de D. Leopoldo para ponerla de relieve..."

El "estilo siempre correcto y elevado" que Gez atribuye a Sáez tenía, según se ve, colmillos de libelo.

También el periódico "El Loro", en el número correspondiente al domingo 17 de octubre de 1880, avisa la publicación de "una chistosa e interesante obra, titulada "El Latín en camisa", ilustrada con preciosos grabados". Los autores de la publicación eran, según el decir de "El Loro", "Jóvenes de chispa": el licenciado Ordóñez y el bachiller Barbeito, con la colaboración de don Juan Daract y el doctor Arias. La obra, editada por el ingeniero León, se vendería a beneficio de la Plaza Independencia.

Un grabado muy rudo, sin ningún mérito artístico, apareció en el N° 457 del "Oasis", en 1882. Representa el esquema de una acequia subterránea, "como la que usan don Carlos Stetter, el cervecero, y el panadero Eugenio L'Huiller", según manifiesta el articulista.

Pero el grabado que, sin duda, ocupará un lugar destacado en la historia del periodismo puntano, es el que publicara "El Oasis" en abril de 1881.

Es un taco de madera, de 15 X 16 cm. trabajado con un cortaplumas por el mismo director del diario, Joaquín Carlés, y se titula "Candidatura Saá - R. I. P. -", llevando también la leyenda: "Entierro del verdadero carnaval de 1881".

El rudimentario dibujo muestra al general Juan Saá a medio introducir en un féretro, rodeado de esqueletos y cerniéndose sobre ellos un agorero búho.

No se trata, ciertamente, de una obra de arte. Pero es el grabado más puntano que conocemos.

LA BIBLIOGRAFIA PUNTANA

Ricardo Rojas, que supo sacar provecho a los trabajos de Zinny, sólo menciona, concretamente, ocho obras como integrando la bibliografía de San Luis, hasta la última década del siglo XIX. Reseñaremos, por nuestra parte, las publicaciones puntanas que conocemos.

Inicia la serie la "Constitución de la Confederación Argentina", en cuya impresión colaborara Enrique Rausch y la cual estaba concluida en los primeros días de agosto de 1853.

En 1854 se imprimió el "Manifiesto de la cuestión entre el Gobierno de San Luis y el Provisor de Cuyo", obra de la cual se hizo una segunda edición, de más de 400 ejemplares, en agosto de 1855.

Herrera encuadernó, en diciembre de 1854, 150 ejemplares del "Mensaje del Ex Gobernador D. Pablo Lucero".

Aunque Galván Moreno dice que Van Sice introdujo "una mala prensa y unos pobres tipos", la Imprenta del Estado da señales inequívocas de trabajar eficientemente.

En mayo de 1855 se imprimió el "Estatuto de la Sociedad Anónima de Accionistas para la Represa del Potrero de los Funes", folleto de 12 páginas, y en junio Herrera entregó 300 ejemplares encuadernados (es decir, doblados y cosidos), del "Estatuto para el Ministerio de Gobierno".

A principios de julio circula impreso el folleto con la nueva división departamental y pocos días después el laborioso Herrera pone a disposición del Gobierno 100 ejemplares encuadernados de "Documentos Oficiales" impreso que irá evolucionando hasta convertirse en el Boletín Oficial.

De la modesta prensa de Van Sice debe haber salido también material didáctico y aún otro de muy diversa índole. Prueba de esto que decimos nos la brinda una carta de Pío Solano Jofré, de agosto de 1855, quien acusa recibo de varios impresos, entre ellos "cinco ejemplares titulados la Hosiquería, cuya lectura ha causado dos efectos en el departamento: alarma, por su originalidad, y risa, por la razonable y burlesca respuesta".

Tras este misterioso trabajo, publicó la Imprenta del Estado un "Novenario de San Luis", el más antiguo de que tenemos referencia.

Galardón de nuestra imprenta ha de ser siempre la "Constitución de la Provincia", impresa en octubre de 1855. De ella se hicieron aproximadamente 1000 ejemplares, en dos formatos. Conocemos el más difundido, un folleto de

28 páginas, cuyas portadas han reproducido la señora Gez de Gómez y Gilberto Sosa Loyola. Pero en nuestro Archivo Histórico existen constancias de que también se imprimieron ejemplares en formato mayor.

La bibliografía puntana se cierra en 1855 con el “Reglamento Provisorio para la Administración del Cementerio”.

El año 1856 se inicia con 300 ejemplares del “Mensaje” del gobernador, publicado en marzo, al que sigue el “Reglamento interno para la Sala de Representantes” reimpreso en 1858.

Queremos destacar la admirable producción de nuestra pequeña prensa porque es necesario ir borrando de las historias ciertas figuras literarias, muy bonitas o muy elegantes, pero carentes de veracidad.

Antes de que llegara Sáez, cuando el periodismo no se insinuaba siquiera, la Imprenta del Estado cumplía cabalmente su misión. Las cifras abonan nuestras palabras: en julio de 1856, se publicaron 1000 ejemplares de la “Ley de Contribución Directa”, un folleto de 14 páginas. De inmediato, 80 ejemplares del “Presupuesto General de Sueldos y Gastos”. Y, cerrando el año, un “Estado General del Producido de la Contribución Directa”, interesantísimo opúsculo de 42 páginas, donde figuran todos los propietarios de la provincia y del que se hicieron no menos de 1000 ejemplares.

Esta proficua labor de la Imprenta del Estado, también aportaba beneficios a la educación. En los exámenes de 1856, en la escuela de esta ciudad, los alumnos de los cursos inferiores leían en la “Constitución”; los de los grados intermedios, en la “Cuestión con el Provisor de Cuyo”; y los más aventajados, en el “Mensaje” del gobernador. Con sano y loable criterio se iba así despertando en los educandos el amor por las cosas del terruño.

Durante el año 1857 no disminuye, por cierto, la producción de la imprenta. De ella salen gramáticas, cartillas y silabarios para las escuelas que, laboriosamente se van planteando en las principales poblaciones.

La obra más importante y de mayor significación, editada ese año, es el “Reglamento Provisorio de la Administración de Justicia”, que Sosa Loyola atribuyó erróneamente a Sáez. Fue sancionado el 29 de octubre y a mediados de diciembre se pusieron en circulación más de 300 ejemplares.

Con la llegada de la nueva imprenta, en 1858, proliferaron las ediciones de aritméticas, cursos de leer y catecismos de Historia Sagrada. Apareció también una obrita famosa, para la cual no pasaban los años: el “Tratado de las obligaciones del hombre”, un opúsculo de 80 páginas.

Antes de abandonar esta ciudad, Sáez entregó 400 ejemplares del “Reglamento reformado de Administración de justicia”, que apareció a principios de 1859.

En septiembre de 1860 se publicó otro folleto interesantísimo, con este largo título: “Manifiesto que el gobernador propietario de San Luis, coronel D. Juan Saá, dirige al pueblo puntano y a sus conciudadanos en general, a la vuelta de su campaña, sobre el Fuerte Constitucional, contra el rebelde D. José Iseas”.

Al año siguiente, en el mes de marzo, apareció otro trabajo de gran valor histórico: el “Informe del Comisionado, Coronel D. Juan Saá”. Esta obra, que consta de unas cien páginas, es fundamental para estudiar la campaña del Pocito.

Ese mismo año aparece también una “Novena al glorioso San Luis, patrón de esta ciudad”.

En 1863, salvo un impreso titulado “Viva la República Persecución y muerte del Chacho”, que acaso fuese un boletín, no encontramos otras obras que la “Táctica militar”, de la cual Herrera entregó 100 ejemplares, y una nueva “Novena de San Luis Rey” mandada imprimir por el cura rector Francisco Javier González Pena.

Cerramos esta reseña con varios títulos más, algunos correspondientes a obritas valiosísimas: “Reglamento para las Escuelas Fiscales” (1871); “Reglamento de Policía Urbana y Rural” (1872); “Ensayo de una nueva gramática latina”, dispuesta por el Pbro. Luis Joaquín Tula (1876); “Centenario del General San Martín” (1878); “La codicia rompe el saco”, obra teatral en verso de José Borrás (1878); “Leyes de organización de los Tribunales” (1878); “Estatutos del Liceo Social” (1880); dos folletos mercedinos: “Reglamento de la Sociedad de Amigos de la Educación” (1882) y “Regolamento della Società Italiana Unione e Benevolenza” (1883); y finalmente, el primer libro de versos: “Penumbra”, de Emeterio Pérez, publicado en 1885.

Todo lo cual está probando, a nuestro entender, que siempre resultará aventurado negar lo que no se conoce, puesto que la historia no es nada más que el esquema de nuestra ignorancia.

Señoras y Señores:

Esta parte final de nuestra disertación, la queremos dedicar a un ilustre hijo de esta tierra, que realizó la dura y paciente labor de reunir y conservar verdaderas joyas de nuestro patrimonio cultural: al doctor Nicolás Jofré, tan querido y admirado, claro maestro del civismo y la hidalguía.

SINTESIS DEL PERIODISMO PUNTANO

Antes de estudiar someramente algunos periódicos de esta ciudad, queremos destacar (sólo con el objeto de que la juventud comprenda cuánto falta realizar en el terreno de la investigación histórica), el resultado feliz de nuestra no muy tranquila heurística.

Cinco autores, fuera de Zinny, hemos utilizado para tomar puntos de referencia, en nuestra labor: Gez, Rojas, Juan Rómulo Fernández, Galván Moreno y Alfredo Ferroni. Limitándonos al periodo 1858-1913, es decir, desde “La Actualidad” hasta “La Opinión”, decano de los diarios que se publican en esta ciudad, podemos sintetizar las referencias a lo siguiente: Gez menciona 28 publicaciones; Rojas, sólo 5; Fernández 32; y Galván Moreno, 30. Ferroni, que si bien plagió toda la parte relacionada con el periodismo en esta ciudad, aporta nuevas noticias con respecto al mercedino, menciona 38 publicaciones. Pues bien: nosotros podemos agregar, todavía, 13 más. De manera que, sin necesidad de ahondar mucho, afirmamos que, desde 1858 hasta 1913, aparecieron en esta provincia alrededor de 51 publicaciones. Es decir: casi el

doble de las que enumera Gez, y diez veces la cifra que Rojas asienta con tanta autoridad.

SAEZ Y “LA ACTUALIDAD”

A principios de 1858 llegó a San Luis el hombre que habría de iniciar el periodismo en esta ciudad: el mendocino Manuel Antonio Sáez, cuya personalidad ha estudiado, aunque un tanto “fuera de foco” nuestro ático Sosa Loyola.

Sáez estudió Derecho en Alemán, viajó por varios países, fue periodista en Mendoza, sufrió el oprobio de la cárcel y conoció los sobresaltos de la fuga. Recaló en la ciudad de la Punta, encorvada de rencores su pluma. Y protegido por su tío, el gobernador Daract fundó “La Actualidad” para combatir a sus comprovincianos.

Las buenas intenciones de que blasona en su primer editorial (anzuelo en el que quedara prendida la ingenuidad de Gez), no pasó de un “camouflaje”, como bien lo hace notar Sosa Loyola.

Y Sáez, que según afirman algunos, “era superior a su tiempo”, se vio de pronto envuelto en una desigual contienda.

San Luis, por esos días, era un refugio de togados vecinos y a la vez almacigo de quisquillosos leguleyos. Cordobeses y sanjuaninos, mendocinos y puntanos, no le daban mucho descanso a la escuálida Temis ni a sus cambiantes hijas.

Cuando el gacetillero de “La Actualidad” empezó a revolver la honda, se alzaron los leguleyos como bandada de jotes.

Y ahí fue Troya. De nada le valió al sobrino la buena sombra del tío. Pronto su copetudo papel con membrete (el primero que se usó en esta ciudad), dejó de anunciar al erudito “Juez de 1ª Instancia en lo Civil”, para arrugarse de decepciones.

Primero cayeron los redactores, José Cortés Funes y Francisco Fidié. Después, el mismo Manuel J. Olascoaga, el de la metralla rimada, se dio cuenta de que “iba para peor la mejoría”. Por fin, el mismo Sáez empezó a cansarse de la Novísima Recopilación de Escriche, porque no amainaba la tormenta. Y acaso bien aconsejado por Daract (que, aunque no fuera superior a su tiempo, sabía capear mejor los temporales), el primer periodista puntano liquidó sus cuentas y salió a buscar mejores aires para su pluma. Y aunque Gez supone que se alejó definitivamente, y Sosa Loyola cree que volvió de paso en 1862, “siempre con genio andariego y vivo”, la verdad es que, en junio de 1859, Sáez actuaba en esta ciudad como agrimensor público, ocupación seguramente menos arriesgada que la de gacetillero togado.

FUNES Y “EL CENTINELA PUNTANO”

Valioso elemento para reconstruir la vida, sobresaltada y digna, de nuestra ciudad, sería su segundo periódico, aparecido durante el gobierno del famoso “Lanza Seca”.

Poco sabemos, sin embargo, de ese alerta Centinela Puntano, erguido frente al nublado porteño.

Marcos Funes, su redactor, como la mayoría de los periodistas puntanos, se ha formado en las oficinas del gobierno. En 1854 era escribiente del ministerio general, actuó luego en la Sala de Representantes y a fines de 1859 su divisa debía ser un tanto provocativa, porque se lo miraba con recelo y hasta se lo persiguió.

El año 61 le trae una relativa calma, pues actúa como defensor de pobres.

Su periódico es también una bandera de combate. Lo leen los hombres del pueblo, esos que ahora tal o cual gacetillero de pluma roma califica de hordas. En San Francisco, cogollo cultural de San Luis, son suscriptores Benicio Orellano, Carlos Varela, el Pbro. Emeterio Lucero, Jorge Núñez y Juan Jofré.

¿Qué guardaba, qué proclamaba ese altivo “Centinela Puntano”? Acaso toda su alma estaba puesta en ese alto anhelo que resplandece en las cuatro palabras, trucas pero categóricas, que hemos hallado en un viejo borrador: LOS PUEBLOS - SU SOBERANIA.

MAMERTO GUTIERREZ Y “EL PORVENIR”

Cuando en 1863 Mamerto Gutiérrez inició la publicación de “El Porvenir”, la posición del redactor quedó cabalmente determinada con estos elocuentísimos párrafos:

“En este periódico se censurará la política de todo gobierno republicano que no siga el Ideal regenerador que la culta Buenos Aires inició en 1810 y acató y practicó en 1862”.

...“Nosotros somos del pueblo y para el pueblo, y a él apelaremos cuando nos veamos atacados por intereses personales y bastardos. No desistiremos, sin embargo, de nuestro propósito, hasta no ver logrados nuestros laudables fines, haciendo que la civilización triunfe siempre contra la barbarie; esperamos por lo mismo, que el pueblo puntano, que ha pertenecido a familias de gigantes, no descenderá de la altura que les legaran sus padres”.

El cordobés Gutiérrez, como se ve, leía de corrido en la cartilla porteña. Su periódico es un típico exponente de la pirotecnica mitrista. Con redoblanes frases, cargadas de mayúsculas, quiere sentar “en el Trono de la Patria a los Héroes de Pavón, Cañada de Gómez, Molinos de López, Salinas de Moreno...” Derrama su tinta escurridiza relatando las sombras de una pasada época, con pavesas como ésta: “El pueblo, que sufría impasible su yugo rojo, jamás reclamó sus derechos porque no había estudiado la ley ni comprendido sus deberes”.

O siembra una venenosa hierba, con liberalísimos esquemas: “Mientras nuestros buenos hombres de ciencia y conciencia campeaban leyes en el extranjero para plantearlas en nuestro suelo, los fogosos mal intencionados campeaban chiches de color resaltante y nombres simbólicos de origen divino,

para introducir en las masas y en mucha parte del pueblo inexperto, el engaño y el fanatismo”.

Claro que, de tanto dar en la herradura, alguna vez Gutiérrez da en el clavo: “Los pueblos no se educan cuando no tienen escuela en su misma casa, y es una tarea estéril traer ideales de otra parte para inocularlos de sopetón en pueblos nuevos e inexpertos”.

En muchas de las páginas de “El Porvenir” contrasta dolorosamente la “civilización” del redactor con la barbarie que trasuntan ciertos documentos oficiales.

Pero don Mamerto insiste en que “tanto el Gobierno Nacional como los gobiernos de provincias, deben tener siempre el látigo levantado, para castigar y contener la anarquía donde quiera que asome”.

Por eso se escandaliza cuando, anticipándose al gobernador, que proyecta su visita a la provincia, “el retrato de Juan Saá, se pasea triunfante (son sus palabras) por algunos puntos de la campaña y es acogido con grandes aplausos y fiestas”.

Escritor de golilla, Gutiérrez, para referirse al pueblo, dice sonoramente “los rústicos”. Y hasta se atreve a hacer un boceto muy “civilizador” de los hijos de esta tierra:

“Los puntanos -dice- se han ocupado, muy pocos, en la industria fallida del pastoreo; y los demás en estar tendidos de barriga, haciendo rayas en el suelo y esperando que caiga el maná”.

Que así era don Mamerto y así su porteñísimo “Porvenir”.

BORRAS Y “EL OASIS”

Con la pujanza de sus 28 años y el ardor de su sangre catalana, José Borrás se aquerenció en San Luis allá por 1869. El comercio no le embotaba la pluma ni le deslucía el ingenio, ágil, burlón, españolísimo. Sabía escribir y también, liberal como buen catalán, soñaba con un progreso reluciente y sonoro.

Unido a su paisano Joaquín Carlés, ilustrado y belicoso, inició la publicación de “El Oasis” en mayo de 1870. Colaboraban con él dos jóvenes de firme y clara laboriosidad: Niceto Sosa y Valentín Luco. Y acaso también Tomás Santa Ana.

Trajo Borrás, a esta ciudad de los Venados, un periodismo nuevo, más intelectual y lleno de matices, un periodismo de nobles horizontes. Ese “Oasis” batallador y punzante, a veces sobrecargado de la sal gruesa de epigramas desenfundados, ese “Oasis” capaz de torearlo al mismísimo gobierno, sabía regalar, de vez en cuando, las gemas de una límpida ética profesional: “Cuando se escribe para un pueblo y no para un partido, debe decirse la verdad, por mucho que se sienta, o de lo contrario, no trabajar ni malgastar un tiempo precioso”.

Esta primera época del “Oasis” (verdadera primera salida de Quijote), aunque breve, fue en verdad saludable y fructífera para el periodismo puntano. Tanto que Borrás, contemplando las desmanteladas plumas de los gacetilleros

oficialistas, ya en tren de retirada, bien pudo repetir como el famoso manchego ante las mozas de la venta: “Non fuyan las vuestras mercedes...”

Porque, como el Chacho le escribiera alguna vez a Sarmiento, “no sólo pelando se triunfa”. Y en estas cosas del periodismo, en más de una ocasión, hierde mejor un grano de sal que un trabucazo.

LAVIE Y “EL TELEGRAFO”

Un porteño, enamorado y galano, funda en enero de 1871 un periódico elegante y bien inspirado. “El Telégrafo” es, en efecto, un fruto sazonado, agradable, para saborear sonriente.

Aureliano Lavié sabe escribir y tiene una visión clara, capaz de trazar este certero rumbo: “La gran cuestión, para los pueblos argentinos no esta en descubrir cuál sea la máquina más poderosa y eficaz para matar soldados. La gran cuestión es descubrir y poner en práctica los mejores medios de producir hombres, y no destruirlos”.

Noten ustedes, señoras y señores, como esta idea, tan nuestra, tan argentina, sigue resonando en nuestra conciencia nacional. Hace pocas semanas, el general Perón ha dicho rotundamente, como él sabe decirlo, que conviene más a la comunidad, interesa más a la Patria, formar hombres buenos y prudentes que sabios y malvados”.

Lavié, tan amigo de versos y donaires, se engancha alguna vez en el alambre de púa de la política. Pero no pierde el estilo, la altura de un culto periodista. Golpea, sin perder la elegancia, a Mitre y a Juan Saá y no se olvida de alguna serpentina para el Rey de las Máscaras: Así al referirse a los. “Anales de la Educación Común”, los denomina “formidable fiambreira abastecida por doña Juana Manso”.

A Lavié se debe, quizás, el primer intento de revisionismo de la figura de don José Santos Ortiz, el secretario de Facundo, muerto con él en Barranca Yaco. Y suyo es también el mérito de haber derramado en esta ciudad del Chorrillero una lluvia lírica, gentil y fragante, como una ofrenda a la mujer puntana. Pues no todos dirán como aquel otro versificador aleve:

“Pintaban los antiguos macedonios
a mujeres en forma de demonios.
Más otros de distintos pareceres,
a demonios en forma de mujeres”.

CARLES Y “EL LORO”

Joaquín Carlés, el ilustrado compañero de Borrás, traductor de Ovidio y de Parny, no se conforma con las empinadas columnas de “El Oasis” de la segunda época, donde tiene que escribir con cuello almidonado. Y siguiendo la

moda de las plumas porteñas, lanza a la circulación un periódico dominguero, parlanchín y burlón.

Así nace “El Loro”, en julio de 1880. Le han pintado las alas, cuando no le han enseñado alguna temeridad, grandes muchachos como Víctor C. Lucero y Manuel Orozco, quien ya va pisando fuerte en el terreno de las letras.

Y allá sale “El Loro”, bien compuesto el plumaje por don Pío Quinto Lucero, queriendo hacer reír desde el primer aleteo.

Es un pajarraco bastante puntano, porque sólo vuela los domingos y dormita el resto de la semana. Pero también es puntano por los cumplidos, pues “da la pata a domicilio por cuatro reales al mes”

La parla de este lorito tiene, en verdad, mucha sal catalana. Así le oímos decir: “La ciudad de los venados es dichosísima. Estamos más pobres que las ratas...”

Por ahí, el medallón en la galera de los políticos: “Cada día los demócratas se van poniendo más exigentes... y los empleados más escasos”

Otras veces, la sal se derrama en casa. El inquieto loro, viéndose acribillado de erratas, se encara con los cajistas don Pío Quinto y don Jonás y les dice, ni más ni menos, “que los sueltos salen como si fueran cartas de mujer: llenos de errores y mentiras”.

Desde su percha dominical, el emplumado hijo de Carlés deja caer irreverentes epigramas, como éste que repetimos, con el permiso de ustedes:

“Bordaba un ciervo Vicenta
“y después de concluido
“le preguntó a su marido:
”-¿Cuántos años representa?
“El, que ignora que en las astas
“se le puede averiguar,
“no le supo contestar.
“Y ella le dice: -¡Qué gastas
“en discurrir, buen amigo!
“¡Los mismos que tienes tú
“de estar casado conmigo!”

Y la sonrisa de la ciudad de la Punta premia la gracia del Loro, que todavía sabe tornarse más castizo:

“Preso y doliente, el célebre Quevedo
“de aguda enfermedad convalecía,
“y el abad de San Marcos le brindaba
“caldo de transparencia cristalina.
“-Valiente caldo, dijo don Francisco.
“¡Valiente, bravo caldo! repetía.
“-¿Por qué es valiente?, le pregunta el monje.
“-¡Porque no tiene nada de gallina!”

DE “LA INDEPENDENCIA” A “EL PUEBLO”

La prensa puntana es también una milicia, en la que la pluma se hace espada y la espada, pluma.

Pasó “El Puntano”, de aquel doctorcito chileno, Rolando Negrete, quien le toco alguna zamacueca a los catalanes Borrás y Carlés.

Pero don Joaquín ya está en la barricada de “La Independencia”, con el doctor Juan Barbeito y Wenceslao Paunero (h), que anduvo sableando en San Ignacio. Y todo se vuelve “peinarle el cacho” a los toritos Alsina y Avellaneda, “que se mueren de hambre en Buenos Aires, mientras acá en San Luis no falta quien se “despida” con un atracón de zapallo”.

Viene después otro “Puntano”, en 1877, que ya quiere ser “político literario y comercial”. Lo redacta Celestino Jofré, que estudió en Córdoba y, según dicen, fue luego trompa del Chacho. Pero si ayer tocó a calacuerda, ahora don Celestino se lo pasa floreando dianas para los porteños, con el beneplácito de su padrino Ortiz Estrada y, claro está, también de don Bartolo.

A poco andar, los roquistas empiezan a redoblar el parche con “La Unión Nacional”. Nubes de incienso para Sarmiento, y, para distraer a las niñas de San Luis, un acongojante folletín titulado “Un corazón leal o sea la corona de Siempre-vivas”

En este periódico inicia sus colaboraciones Arturo Domínguez, homeópata y “uno de los fundadores y valientes redactores del importante periódico “El Libre Pensador”, que se publica en Buenos Aires”.

Este señor Domínguez es el inventor de la patraña titulada “De cómo los valientes puntanos arrojaron de aquí a los jesuitas”, que no dejó, por cierto, de recoger la pluma no muy rigurosa de Gez.

Al iniciarse el año 1881 y para sostener la candidatura de Zoilo Concha, aparece “La Voz de la Juventud”, también redactada por Celestino Jofré. No tiene en verdad, mucho que decir, como no sea machacar el nombre de su candidato. Da, sin embargo, alguna noticia muy de la época, como ésta: “Hoy, domingo 27 de febrero, a las cinco de la tarde, se retratarán en la Plaza Pringles las comparsas “La Argentina” y “La Ultima moda”, por el inteligente fotógrafo señor Emilio Bertín”.

O esta otra, plácida y bonachona: “Esta noche va a ser elevado un magnífico globo en la Plaza Independencia, durante la retreta. El autor de esta galantería es el señor D. Carlos Ruffolo”.

Ya ven ustedes, señoras y señores, cómo los tiempos cambian: ahora nos sueltan unos magníficos “globos”, y no sabemos a quien agradecer la galantería.

Aparece después “El Ferrocarril”, publicado en una imprenta de muchos recursos, traída por Arturo Domínguez, quien figura al frente del periódico. Lo secundan, y por cierto que muy eficazmente, Emeterio Pérez y José Borrás.

Sus tiros se dirigen contra el roquismo y no dejan de mantener vivo el recuerdo de Sarmiento.

Por esos días, los periodistas puntanos empiezan a preocuparse por el aspecto edilicio de la ciudad y divulgan los adelantos de la higiene. San Luis comienza a poner los ojos en otras luces que no sean las estridentes y efímeras de la política.

Juan T. Zavala, por ejemplo, da una conferencia sobre “Progreso intelectual alcanzado por el descubrimiento de la Imprenta”. Se habla de

música, de libros, de teatro, sin olvidar, eso sí, la riquísima cerveza de Stetter, fabricada allá al fondo de la calle Belgrano.

La flor y nata del periodismo puntano se agrupa luego en torno de aquel periódico de la mañana que se llamó “El Destino”. Emeterio Pérez, Adeodato Berrondo, Juan T. Zavala, Eulalio Astudillo, Camilo Domínguez, vuelcan sobre la ciudad un soplo renovador. A ellos se unen pronto las galas literarias de Felipe S. Velázquez y de Nicolás Jofré, como una auténtica voz del terruño.

Algunos de estos mismos bravos luchadores redactarán años más tarde “El Pueblo”, que nace para sostener los principios de la Unión Cívica Radical. En este periódico aparece también alguna refutación de Gez, a quien Manuel Orozco criticara el prólogo de su “Apoteosis de Pringles”.

Los puntanos, un poco a los tropezones, dejan la casa de Temis para ir a rondar la ventana de la enigmática Clío.

EL NUEVO PERIODISMO

Poco a poco, deshaciendo viejos espectros y fantasmas, se va creando en San Luis otro modo de sentir lo nuestro.

La tarea es dura, porque la ciudad es propicia para las ideas deslumbrantes. Pero el pueblo aprende, lentamente, a pensar en su destino.

Desde 1872, está en nuestra provincia el sabio Germán Avé Lallemand, trabajador infatigable, quien alguna vez propone a los miembros de su partido “dar lecciones cívicas en la plaza pública, a fin de combatir la ignorancia del pueblo, que no ejercita sus derechos por desconocerlos”.

Años después sale al ruedo “El Comicio”, dirigido por Gez y Víctor C. Guiñazú, que lanza a los vientos sus verdades, no sin que “El Pueblo”, el periódico radical, se las devuelva tiro a tiro.

En 1909, el panorama periodístico puntano es neblinoso. “Nuestra prensa –dice un escritor de la época– está representada por unos cuantos periódicos que responde cada uno a un determinado círculo político. La lucha es apasionada y continuo el batallar. Ni el hogar ni la vida privada se escapan a ese fuego graneado de improperios, de insultos y de apodos denigrantes, que a diario se leen en las columnas periodísticas”.

EL ARIETE DE “EL ESTADO”

Pero, como un gran viento de salud y de esperanza, nació de pronto en esta ciudad aquel periódico, verdadero ariete demoledor, que se llamó “El Estado”.

En 1903, tornados puños de rebelión, se apretaron en torno a su ideal aquellos cinco hombres jóvenes, galardón de nuestro civismo: Humberto Rodríguez Saá, Cipriano Taboada Mora, Rudecindo Mora Olmedo. Gregorio N.

Díaz y Felipe Velázquez (h), quien todavía pasea su figura venerable por esta altiva ciudad del Chorrillero.

Esos cinco hombres, esas cinco plumas constantes y valientes, bregaron día tras día, azotando a la oligarquía, señalando al pueblo el verdadero rumbo, hasta que el viejo castillo de los encumbrados se vino al suelo, inaugurando el día nuevo.

Y se alegró la tierra toda porque, en verdad, soplaban un viento de salud y de esperanza.

LA VOZ DE LOS MENSAJES

En este intento de esquematizar nuestra literatura, queremos poner, como arco de triunfo, como estela de homenaje, el acento de las proclamas y mensajes de los hombres que rigieron los destinos de esta tierra humilde y valiente.

No se trata, ciertamente, de páginas literarias. Pero es la voz del terruño, desplegada como una bandera, para convocar las almas.

Don Pablo Lucero, al dar cuenta de su administración, expresa a la Honorable Representación:

“Ni al desempeñarla, ni al bosquejarla, habré llenado quizás vuestros designios ni las esperanzas de mis conciudadanos. Tampoco he podido llenar mis deseos a este respecto. Incompatible ha sido con la debilidad de mis esfuerzos, la gravedad del cargo que me encomendasteis. Ningún sacrificio, sin embargo, he omitido para corresponder a honor tan elevado. Llevaré al hogar doméstico esta dulce satisfacción, como he gozado, durante el período de mi administración, la de ver retribuidos mis conatos con la decisión de mis conciudadanos al orden y federal patriotismo, que no cesaron de acreditar”.

“Con tan eminente garantía, me ofrezco a satisfaceros más exactamente de viva voz, si lo juzgareis conveniente, sobre cualquier particular. No excusaré por esto de sujetarme a la más estricta residencia. De vosotros emanó la suma del poder de que me hallaba investido; hoy, que os la devuelvo agradecido, me considero desnudo de ella, y así reproduzco mi sometimiento a la rectitud de vuestro juicio. Si algún procedimiento apareciese ilegal o con viso de impureza, no imploraré clemencia: sí exigiré justicia”.

También Daract, al hacerse cargo provisionalmente del gobierno, habla con mesura puntana:

“Consecuente con los principios de fusión, confraternidad, ventura y gloria, consignados en nuestra Carta Constitucional, os recomendaré desde luego un generoso olvido de todas las desidencias pasadas. Poseído de lo proficuo de esta idea, me hago un deber en recomendaros con preferencia al digno Magistrado que me ha precedido, por la conducta que ha observado en la época aciaga en que ha llevado las riendas del gobierno, y por el respecto a las leyes que han manifestado al resignar el mando en vuestras manos”.

La abnegación de los hombres de esta tierra, ha quedado también patentizada en la proclama de Pedernera, dirigida a la División del Sur, antes de encaminarse a luchar contra Buenos Aires:

“Yo marchó con vosotros. Conozco vuestro estado: estáis escasos, faltos de recursos y desnudos, y vais a sufrir mil privaciones en esta campaña. ¡No importa! Estáis acostumbrados a soportarlo todo y nunca habéis fallado a vuestro deber. Marchemos, pues, a derrocar el único obstáculo de nuestra felicidad común. Se os abre un camino de gloria, en el que podéis ostentar vuestro valor y en el que, con vuestros esfuerzos, contribuiréis a fijar para siempre la paz de la Nación entera y la de vuestras familias. Os conozco y tengo confianza en vosotros”.

Con estas palabras marcharon al combate los soldados de San Luis. Y poco tiempo después, otro jefe, que era como un símbolo de esperanza para los puntanos, el general Juan Saá, los arengaba de este modo:

“Hay que hacer nuevos esfuerzos para exterminar los enemigos de nuestra organización política. Otra vez debemos armarnos para asegurar los bienes que habíamos conquistado, y para conservar ese gran legado de nuestros padres: la unidad del territorio argentino”.

“Por mi parte, no tengo más que mi brazo para empuñar una lanza y, como soldado de la ley no saldré del campo de batalla hasta que haya conquistado para mi patria la paz y ese goce tranquilo de las instituciones que hemos jurado”.

Esto no es literatura, señoras y señores: es sencillamente el dolor y la esperanza de un pueblo fuerte.

LAS IDEAS

Más no todo será sombra en este batallar puntano. Por eso, mientras un periodista critica a los del gobierno porque tal o cual funcionario “anda por los ranchos, bailando gatos con chinas descalzas”; mientras los que están arriba denigran a los del llano, llamándolos “mazorqueros que se abrazan a los Santos Valor”, en la ciudad de los Venados se levanta la voz de los paladines amigos de la luz que, como aquellos gallos del romance, “apriesa cantan... queriendo quebrar albores”.

Con un tres de oro vamos a gritar envido a nuestros sociólogos.

Ahí está Emeterio Pérez que, aunque hace versos, puede escribir esta prosa rotunda: “Tal vez no exista otra provincia que ofrezca el mismo espectáculo desconsolador que San Luis, donde la vida ordinaria del periodismo ha sido siempre anémica, raquílica, falta de estímulo en lo moral y en lo práctico”.

Ahí está Manuel A. Orozco, enemigo de los “mandatarios de regresión”, enamorado de “las victorias de la libertad y la restauraciones cívicas”, quien escribe, como a punta de lanza: “La trama de la historia es un tejido espeso de injusticias, sofisticaciones y embustes. Como en la vida...”

Manuel Orozco que, al referirse a alguno de esos encaramados de quebradizo barniz, escribe a lo Quevedo: “Ese hombre de tantas caras, a ninguna de las cuales asoma el rubor de la vergüenza.”

Manuel Orozco que, acaso el primero en esta ciudad, como armado de un plumero, se pone a sacudir la frágil historia que nos han contado y

proclama: “Bueno es no vivir permanentemente fascinados del espejismo histórico, que a la distancia nos muestran hombres idos y cosas pretéritas por sus facetas brillantes, velando, en nombre de eterna y benévola sofisticación, la sombra que acompaña a todo lo que alienta”.

Y el oro final: Raúl Basilio Díaz, que define la verdadera docencia con estas palabras: “El mejor tipo de maestro es el que tiene personalidad, que es y se siente algo, capaz de gobernarse y bastarse a sí mismo; que, como Jesús, enseña con su mirada o su presencia entre las personas, lo mismo que enseña deliberadamente con su palabra y sus obras”.

LA POESIA PUNTANA

En nuestros primeros periódicos, los versos no fueron más que la perdigonada de las escaramuzas gaceteriles, flujo y reflujo zumbón. Tuvieron el mérito, alguna vez, de mostrar ritmos nuestros y formas castizas, como en el caso de las zamacuecas de “El Puntano”, a las que contestaba “El Oasis” con letrillas y epigramas. Pero no era eso poesía, sino ingenio rimado, capaz, no obstante, de levantar quemantes ronchas y de poner overo al más immaculado.

José Borrás, con su triscante juventud, derramó a puñados la sal gruesa de sus epigramas, algunos de subido color.

Joaquín Carlés, más ilustrado pero no mejor poeta que su paisano, tuvo el mérito de presentar entre su cosecha de espinosos versos, algunas traducciones del francés y del latín, que permiten ubicarlo entre los precursores de la literatura puntana.

Pero fue el porteño Aureliano Lavié el que trajo a nuestra ciudad una poesía un tanto empalagosa, impregnada de esencia romántica, todo suspiro y resedá, mariposa y melancolía. A Lavié se deben también, algunas ingeniosas composiciones, más risueñas y menos escabrosas que las de Borrás y Carlés.

Falta en toda esta producción de nuestros primeros versificadores, el acento de la tierra puntana, la voz de sus dolores, sus alegrías y sus esperanzas.

A principios de este siglo, los puntanos recuperaron a Lafinur, y a su poesía, “azucenas de luz sobre su frente”, según dice cierto escritor de la época. Sus pequeñas historias de amor, sus versos de salón, ampulosos como las faldas de las niñas que los escuchaban arrobadas, son como un aire antiguo, brotado del clave o del arpa. Poco o nada tienen del terruño, como no sea el fugaz recuerdo de sus luchas heroicas, de sus luces, de sus penumbras.

No son más nuestros, por cierto, los versos intelectuales, laboriosos y frágiles que, durante muchos años, van de Erato a Clío, de Clío a Melpómene.

Laura Benci, desde Buenos Aires, nos envía frecuentes recuerdos de Espronceda. Poetas que se ocultan tras los seudónimos, hacen saltar las cuerdas. Y estamos por creer que, como en los versos del Martín Fierro, gime la prima y llora la bordona, bajo la mano que no las deja en paz.

Alguien, sin embargo, allá por Merlo, como marcándole el rumbo a ese magnífico cantor de eternidades que es Antonio Esteban Agüero, alguien, allá en Merlo, vuelve los ojos a un tala y le canta por el nombre que en él está

grabado, “el nombre de la mujer que he amado - y por quien tantas lágrimas hoy vierto”.

Lo demás, es la siempre altisonante cuanto bien inspirada poesía patriótica, con su rígido desfile de próceres y de símbolos.

En este grupo de bardos tocados de gorro frigio y portadores de laureles, se destaca una voz femenina de cálido acento: la de María Mitchell, que supo cantar a Pringles y que entrevió la gloria de Germán Avé Lallemand, grande en su labor y en sus afanes incomprensidos. Mérito singular el de María Mitchell, que celebramos como auténtica intuición de poeta.

Acaso el más admirado de los bardos puntanos fue Emeterio Pérez, tesonero luchador, que nos legó larguísimas odas, donde la poesía boga aguas arriba, hacía un clasicismo náufrago, alejándose cada vez más de este cielo y de su azul puntano, de este Chorrillero bravío, de esta sierra eclógica y hechicera, de estas mujeres para nombrar con rosas y para amar entre jazmines.

COLABORADORES DE LA PRENSA PUNTANA

Entre la envolvente zarza de la prosa política, algún fruto noble nos dio el periodismo puntano.

En “La Actualidad” apareció un trabajo de Martín de Moussy, titulado “Distrito Mineral de San Luis”, joya bibliográfica, ignorada por los biógrafos del sabio geógrafo francés.

José Borrás, desde “El Oasis”, hizo danzar su musa desenfadada, pero también aportó puñados de ideas nobles, sembradas con la generosidad de su raza.

Al “Telégrafo” debemos la divulgación de los primeros trabajos de Lallemand, enamorado obrero de esta tierra, que acogió su genio batallador.

Este mismo periódico publicó “El Paso de los Andes” de Juan María Gutiérrez, y la “Vida del Chacho”, de Sarmiento, acaso las dos plumas más ágiles de aquel tiempo.

También en “El Telégrafo” apareció una “Memoria sobre minería”, escrita por Manuel Alberdi, comisionado por el gobierno para realizar esa clase de estudios.

Ya hemos mencionado el trabajo de Arturo Domínguez sobre la supuesta expulsión de los jesuitas por el pueblo puntano. También hemos señalado el aporte cultural de Joaquín Carlés, con sus traducciones de Parny y de Ovidio, y las interesantísimas contribuciones de Manuel A. Orozco al esclarecimiento de episodios de la historia local.

De indudable valor son los trabajos de Llerena sobre ferrocarriles, de Gez sobre minería, de Carlés sobre estadística y de Velázquez sobre distintos aspectos de esta provincia.

No le falta a San Luis, tampoco, un informe sobre educación, salido de la pluma del autor del Martín Fierro, quien visitó nuestra ciudad en 1882.

Para satisfacción de martinfierristas y para mostrar cuánto queda por hacer en el campo de la investigación histórica, leeremos unas estrofas que,

con grandes letras doradas impresas y desde el centro de un cuadro, saludaron al creador de nuestro poema inigualado:

“Pasaran las edades, en la tierra
que cuna fue del inmortal Moreno
y cuantos bienes el progreso encierra
se anidarán en su fecundo seno.
Pero, en tanto que el sol de su bandera,
alumbra desde el Plata hasta los Andes,
para honor de la Patria venidera
vivirá el **gaucho** y su cantor HERNANDEZ”.

Y estas palabras proféticas se escribieron en 1882, en esta ciudad de San Luis.

LA REVISTA “LAFINUR”

Queremos recordar, con cariño y admiración, a una revista que fue dignísimo fruto de la intelectualidad puntana, al mismo tiempo que claro exponente de los ideales de la docencia de esta tierra.

La Revista “Lafinur” ha quedado engarzada en la historia de nuestras letras, como un diamante diáfano y revelador de los quilates espirituales de aquellos esforzados y humildes maestros puntanos que, a lo largo y a lo ancho de la patria toda, sembraron, junto con la luz del alfabeto las virtudes de un pueblo heroico.

No diremos un solo nombre. Todos fueron grandes, todos trabajaron con la paz en el corazón. Eso sí: destacaremos una y mil veces, si fuera necesario, que el puntano estuvo en todas las patriadas, desde aquella que se resolvían a punta de lanza y coraje, hasta aquellas otras que requerían las eternas y bienaventuradas armas de la constancia, del claro ejemplo, del amor sembrado con la lección de cada día.

Y esto, señoras y señores, impone una consigna, reclama el leal cumplimiento del deber a todos los puntanos que, en uno u otro aspecto, son maestros delante de los ojos siempre esperanzados de la patria.

PUNTANOS PERIODISTAS EN OTRAS PROVINCIAS

Hemos dicho, en el curso de este trabajo, que en el periodismo de San Luis colaboraron elementos de otras provincias y aún extranjeros. No podemos dejar de señalar, para equilibrar la balanza, que también los puntanos actuaron fuera de su terruño, en las amargas e iluminadas luchas del arte de Gutemberg.

En 1820, uno de los tres talleres establecidos en Mendoza, pertenecía a Juan Escalante, quien actuó en nuestra ciudad mucho tiempo, junto a su amigo Dupuy, como Administrador de Aduanas. De ese taller y dirigido por Escalante, salió el primer periódico mendocino, llamado "El termómetro del día".

Aunque Escalante no fuese puntano, cosa que no afirmamos, conviene tener en cuenta que secundó lealmente a Dupuy y fue testigo del sacrificio de esta tierra, cuando aquella heroica campaña que la empobreció tanto que los amigos mendocinos de Dupuy se burlaban de él llamándolo "puntano come algarroba".

También en Mendoza, en 1822, redactó Juan Crisóstomo Lafinur un periódico llamado "El verdadero amigo del país" y más tarde el "Registro Ministerial".

José Santos Ortiz, que después sería secretario de Facundo, publicó en Mendoza, en 1831, "El Libertero", un periódico de vida efímera, como tantos de esa época.

En esa misma provincia apareció "La Ilustración Argentina" que, en 1849, redactaba Juan Llerena en compañía de Bernardo de Irigoyen.

Nuestro laborioso Constituyente publicó en 1853, en Santa Fe, un periódico cuyo nombre ignoramos y al que no hace referencia Zinny.

Solo nos resta señalar que Juan W. Gez, el precursor de nuestra historiografía, desplegó también actividades periodísticas en la provincia de Buenos Aires donde, como buen puntano, fue a sembrar el alfabeto.

EL ETERNO MENSAJE DE LA JUVENTUD

Desde aquella pequeña prensa que trajo Van Sice, hasta la "Marinoni" que hacía vibrar las paredes de nuestra imprenta oficial, un mar de papel impreso ha dicho del alma puntana a cuantos han sabido entender su mensaje.

Mensaje de un pueblo fuerte, proclamado por boca de su juventud, recia, lerdona, pero que no se hace a un lado de la huella, porque sabe que el triunfo no es cuestión de prisa sino de constancia.

Ese mismo mensaje lo queremos ver brotando de la pluma de nuestros escritores, de nuestros periodistas de hoy, que no tiene derecho a cruzarse de brazos, cuando la Patria toda les está preguntando ¿Quién vive?

Ese mensaje, mensaje eterno de la juventud, queremos que nazca en esta altiva ciudad de Jofré y que sea capaz de resonar en cada rumbo de la rosa de los vientos.

Por eso le pedimos a nuestros escritores, a nuestros periodistas, la nobleza del sembrador, que deja caer de cara al sol y con la mano generosa, la limpia semilla que será su pan y el de sus hermanos.

Y les reclamamos la hombría de decir su palabra, esa que florece en el corazón y que es flor y fruto de esta buena tierra, y no la palabra ultramarina, la exótica, la cargada de odio que les susurran los Dulcamaras de un paraíso imposible.

No les pedimos incienso. Pero tampoco les pedimos pólvora o vitriolo.

Hay espíritus tan neutros que pretenden que nosotros, los católicos, por el sólo hecho de serlo, debemos escribir con agua bendita, olvidando que nuestro Maestro el que nos enseñó a poner la otra mejilla y a fustigar a los mercaderes, escribió con su propia sangre su mejor enseñanza.

Y un poco de sangre del corazón hay que poner en la pluma. Por eso queremos que nuestros periodistas, nuestros escritores, nos digan su auténtica palabra, tibia de amor y de sinceridad, honda y clara.

Porque ese fue el eterno mensaje de la juventud en esta noble ciudad de San Luis, en esta ciudad donde la consigna de los limpios de corazón fue siempre la de RESPETAR EL CREPUSCULO, PERO PREPARAR LA AURORA.

***** FIN *****